

Lara Anguiano, Gerardo

De la autobiografía y la sicalipsis en Novo y Nandino
Literatura Mexicana, vol. XVIII, núm. 1, 2007, pp. 145-157
Universidad Nacional Autónoma de México
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=358242106007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

De la autobiografía y la sicalipsis en Novo y Nandino

GERARDO LARA ANGUIANO
Facultad de Filosofía y Letras

Los seres humanos cuando hablan de sexualidad lo hacen desde afuera... palidece, si tratamos de hacerlo desde adentro, desde los afectos, emociones o significados.

Georges Bataille (*El erotismo*)

Con pretensiones modestas, dejando muchas lagunas, justificamos este análisis comparativo de las autobiografías de Salvador Novo y Elías Nandino en dos motivos fundamentales. Partiendo de la reflexión sobre el concepto de la literatura como expresión privilegiada de lo humano, reconocemos los alcances de la autobiografía literaria y distinguimos algunas similitudes y diferencias entre estas historias de vidas sicalípticas. Elías y Salvador nacen con la centuria y ambas autobiografías se publican muriendo el siglo. Mientras México resurge de los embates de la Revolución y se descubre otro, Novo y Nandino viven y confiesan su heterodoxia sexual, su experiencia erótica. La autobiografía auxilia en el afán de articular mundo, texto y yo: da un lugar en la historia (*cf. Loureiro: 33-46*). Además la historia y su vocación literaria, el tiempo o la literatura, los junta y hermanan; es, sobre todo, su condición humana y la voluntad de existir en la identidad homosexual. Desde ahí asumen un lugar en el mundo, sin concesiones. No hay duda, son escritores, ¡qué digo!, ¡poetas! Su literatura, frente a la que palidecemos o sonrojamos por sus afectos, no explica, comparte la existencia.

La literatura, así como el arte en general, al ser expresión privilegiada de lo humano se convierte en un ejercicio espiritual al que no es

ajeno un problema realmente importante, el sentido o significado de la existencia: ¿es la naturaleza o la civilización, el individuo o la sociedad, el espíritu o el cuerpo, la razón o el extravío, la voluntad o el instinto, la pasión, el amor, el trauma primero, la agresión, el pecado, el sexo..., el deseo o la libertad el ingrediente fundamental de la vida? No sólo a filósofos sino sobre todo a poetas, narradores y dramaturgos les va la vida en ello. Al responder a esta apremiante búsqueda de lo humano, destacando o eludiendo cualquier aspecto, nunca son indiferentes. Y todavía más si la razón de su escritura es la propia vida. La literatura es así las múltiples respuestas de innumerables conciencias que interrogándose —deliberadamente o no— ofrecen su experiencia de vida a través de una concreción lingüística:¹ su obra. En el caso del género autobiográfico que aquí nos ocupa, esta experiencia de vida concretizada en un texto se convierte esencialmente en evidencia y conciencia de una vida particular: las palabras encarnan la autoconciencia como conocimiento y voluntad de ser; es decir, la identidad o personalidad ejercida del que escribe. Por tanto, desvelan el misterio de la experiencia universal de lo humano revelando una individualidad. Las autobiografías nacen de la necesidad de reconstruir, por un lado, el pasado de una vida para comprenderla, y por el otro, para reconocer cómo se ha afirmado o permanecido fiel a una identidad personal que dio sentido y significado a toda una vida (*cf. May: 46-71*). Eso es precisamente lo que son *La estatua de sal* de Salvador Novo (1998) y *Juntando mis pasos* de Elías Nandino (2000), obras autobiográficas: dos hombres contemplando todas las dimensiones de su ser y expresándose a través del ejercicio literario; enfrentados a su naturaleza biológica buscan, frente a la sociedad, la afirmación individual poniendo por delante, sí, el cuerpo y su sensibilidad erótica,² pero revelando el espíritu que no se agota en los excesos de la hiperrealidad del sexo y de la sicalipsis. El carácter esencial —literario— del testimonio sincero y auténtico de las memorias (por encima del carácter absurdo, o incluso, de las experiencias aberrantes de la sexualidad homosexual), llevadas más allá del dato bio-

¹ Antonio Alatorre, en el inicio de su ensayo *¿Qué es la crítica literaria?*, define y precisa la obra literaria como “la concreción lingüística (concreción en forma de lenguaje) de una emoción, de una experiencia, de una imaginación, de una actitud ante el mundo, ante los hombres” (Weinberg 2004: 7).

² La tesis primera de Georges Bataille en su libro, *El erotismo*, se funda en el hecho de concebir que el erotismo es uno de los aspectos de la vida interior del hombre.

gráfico o del diario íntimo, nos permiten encontrar a dos escritores que sin ambages presentan el periplo existencial —despertar, estupor, inquietud, exploración, iniciación, reconocimiento, asunción y práctica— de su heteróclita identidad sexual, así como las vicisitudes del ejercicio íntimo de la expresión del erotismo homosexual masculino. Sus modos de vida, pletóricos de sensualidad y de erotismo a ultranza, son la esencia que conduce siempre a la síntesis humana de su existencia; por tanto, sus testimonios personales de vida se convierten en apología, más próxima a la defensa y justificación, contra la diatriba (injuria o censura) pública, cruel y callada, de la segregación homofóbica. El significado de su existencia está patente, y pareciera que sólo de ese modo, en la propia sexualidad ejercida y definida en la opción homosexual. Ambos buscan superar o romper el estigma de la marginación homofóbica que pende sobre ellos,³ y destrabar el permanente conflicto existencial al que los somete el castigo de la culpa. Doble mérito, entonces, si asumimos la vocación literaria y autobiográfica de ambos textos al cumplir, por un lado, con la finalidad exacta del género: mostrar, como dice Rousseau en las primeras líneas de sus *Confesiones*, “a un hombre en toda la verdad de su naturaleza” (1985: 3), aún el *hombre vil* del cristianismo,⁴ el *yo detestable* de Pascal (272-282) que no deja nunca de perturbar “su tempestuosa vida”, como dice Nandino, o su “condicionada [...] vida”, dice Novo;⁵ y, por otro lado, el valor de exhibir desde su personal vivencia, los afectos, emociones y significados de la dimensión erótica homosexual tan vilipendiada por la tradición occidental judeocristiana. El intento de Rousseau —que es quizá el primer escritor moderno en dar testimonio autobiográfico de la agitación de su sexualidad y proclividad al onanismo— de mostrarse como era en sus *Confesiones* le hizo pensar que no tendría imitadores. Se equivocó. Novo

³ Desde Sodoma, la historia humana ha sido constante en la vergonzosa marginación y persecución del homosexual.

⁴ Desde la irrupción del cristianismo, dice Foucault, el sexo es un tema privilegiado de confesión (67-92).

⁵ En el contexto de un país tradicionalmente católico, Nandino y Novo sufren lo que Nietzsche señaló como la artimaña del cristianismo que enseña en sumo grado la indignidad, pecabilidad y depreciación del hombre en general (1983: 97-129). Se cumple en la vida de Nandino y Novo el aforismo nietzscheano: “El cristianismo nació para dar al corazón alivio; pero necesita primero abrumar al corazón para poder enseguida consolarlo” (109).

y Nandino acometen la empresa de recrear su vida poniendo por delante la expresión exacerbada, hasta la sicalipsis, de su sexualidad y deseo homosexual, leitmotiv de sus memorias. Su sexualidad no sólo es parte integral de su vida, sino eje vital. Recuperan el pasado para no ignorarse y, entonces, justificar y confirmarse homosexuales, en tal motivo les va la escritura autobiográfica. En ese intento pues, diferencia fundamental, el propósito biográfico de las obras está matizado por la personalidad de cada cual. Nandino escribe sin “ninguna intención publicitaria o cínica”, nunca pretende ocupar un primer plano en lo social y se desarrolla en el ámbito de lo íntimo. Novo, al contrario, al explicarse “exhibicionista y mitómano”, escribe consciente de que su biografía hiere la sensibilidad de las “buenas conciencias” y costumbres públicas, por lo tanto, se desenvuelve descaradamente en el ámbito público.⁶ El carácter de la prosa de Nandino se reviste, así, de sentimientos que apelan más a la discreción, la comprensión, la ternura, la gratitud, el amor, el reconocimiento y la aceptación dándole a su narrativa un tono más pausado y episódico; distingue en relatos breves a modo de capítulos de novela (algunos casi relatos breves acabados en sí mismos como el cuento) los momentos y personas más entrañables de su vida; el estilo indirecto de la voz narrativa de su discurso admite la presencia del otro, al reconocerles una identidad, un “tú” preciso con nombre y apellido; integra a su relato el estilo directo cuando se insinúa el diálogo y entrecomilla tanto las propias, como las interlocuciones ajenas. Novo, en cambio, es más parco en la integración de interlocuciones de otros; admite las de aquellos con más jerarquía y méritos; a los de su nivel y rango pronto los despoja de su identidad reconocible para desvanecer su escandalosa presencia de homosexuales y amantes en diminutivos de la infancia (Mocito, Trini) o en el mote hiriente de su vida pública y promiscua entre “Las Chicas de Donceles”, o entre toda “la fauna de la época”, o “el reino increíble, disperso, nocturno, vergonzante o descarado” del mundo gay: La Cotorra con Pujos, Chucha Cojines, La Perra Collie, Don Derrapadas, la Pedo Embotellado, La Nalga que Aprieta, Toña la Mamonera, San Polencho, Sor Demonio, La Diablo en la Esquina, La Pichón Vallejo, La Pareja Nelly Fernández y su Chingada Madre. Al admitir Novo el apodo irónico y soez que

⁶ El mismo Salvador Novo así se lo confesó a Emmanuel Carballo (305).

raya en la burla y el escarnio, introduce en la intimidad sexual y la expresión de lo erótico, el rebajamiento y la degradación; al identificar el “tú” de los demás en el ludibrio nominativo y definitivo, Novo pasa desvergonzadamente de la transgresión y lo prohibido a la indiferencia, busca deslindarse de ese “reino... vergonzante y descarado” como Novo mismo lo llama. El lenguaje soez relacionado con la sexualidad humana es, al final de cuentas, la impresión de horror de Novo ante el aspecto degradado del propio erotismo; y es por vía de esos sobrenombres que expresa la resistencia a pertenecer al mundo de la prohibición y de la abyección, opuesto al mundo honesto (*cf.* Bataille 2005: 143-145). Pero esa obsesión por la transgresión y lo prohibido en el deseo erótico de Novo va más allá y se convierte en manía en que el “cuerpo objeto”⁷ deseado es frívolamente un nombre genérico, aquel de “choferes” (como el de prostituta), en el que el ejercicio sexual anula todo ritual y el misterio de la seducción, y por tanto, el sexo se convierte en una desencantada y sicalíptica forma de placer. Esa propensión maniática de Novo también toma la forma del travestismo que está en el origen de su pasión histriónica. Este juego erótico de indistinción sexual es de los pocos rasgos de encanto y seducción en la vida sexual de Novo; pero el encanto ejercido de este modo proviene de la vacilación sexual y no del influjo o atracción que ejerce un sexo hacia otro; los travestis anulan, al identificarse en los signos que lo manifiestan, el ser biológico del sexo; el travesti vive atraído e inmerso en ese juego de signos en el que todo es maquillaje, teatro y simulación (Baudrillard: 11-39); juego que Novo hizo también extensivo, más allá del escenario dramático y del propio travestismo, al drama de su propia vida y del mundo cotidiano de los hombres; del que nos invita a huir a uno más etéreo pero igual de vistoso y exótico (Novo 2005: 7). En cambio, por necesidad de aprobación y dignidad, con discreción y respeto, los personajes amantes de Nandino son, gracias a su efemomanía, míticos personajes (“la seducción representa el dominio del universo simbólico”, dice Baudrillard: 15): Adonis, Alcibíades, Apolo, Hermes, Patro-

⁷ El cuerpo objeto, pero no como lo concibe Merleau-Ponty: en que el milagro de la percepción del otro reside en todo cuanto puede tener algún valor como *ser* (191-210); el *ser* que está precisamente negando Novo en sus relaciones sexuales queda vacío. Al vaciar de significado o valor al que lo posee, la posesión no trasciende más allá de mera sicalipsis y Novo prevalece intacto.

clo, Ulises.⁸ Elías se complace en seducirlos para reconocer y conformar la personalidad de cada uno; al hacerlo, se afirma a sí mismo proyectando el ideal de paternidad frustrada, tanto en su infancia (padre hostil) como en su vida adulta. Sumiso al juego de la búsqueda amorosa es respetuoso para no lastimar; promueve las relaciones sexuales sólo en el consentimiento mutuo; con la conciencia de no lastimar, su actitud es casi siempre activa y prefiere ser contenido. En Novo, la pasividad se le impone siempre; en la cópula prefiere ser el receptor. En la experiencia erótica de Nandino aparece no sólo el deseo sino también el amor (en Novo este sentimiento sólo aparece en la poesía), que lo impulsa al juego de la seducción; dos realidades difíciles de explicar y todavía más cuando se da en las relaciones homosexuales. El drama amoroso de Nandino implica los celos y la infidelidad, prueba del amor verdadero. Sin embargo, Nandino concibe en la relación erótica una oportunidad incluyente que unifica, totaliza y humaniza lo sexual. En la experiencia erótica de Nandino los niveles de erotismo o su estado de evolución abarca desde la más temprana necesidad del roce intangible, hasta la urgencia de tomar las manos, del estímulo corporal de la caricia, del abrazo, del beso apasionado, la mirada de goce narcisístico, hasta el coito mismo. Nandino, aunque también ejerce el erotismo en función del placer sensual, utilizando al otro como un simple objeto satisfactor, es creativo, busca practicarlo en una relación de afecto, e incluso, lograr el compromiso de proyectos futuros de vida en común en la manifestación del amor-pasión. Todo fue admitido en el juego erótico de Nandino: la masturbación mutua, la excitación erógena, el sexo anal —táctil y fálico— y oral (la felación); cuida de justificar sus tendencias zoofílicas de la infancia en la necesidad de dar y recibir amor en aquellas circunstancias traumáticas de desolación ante un parente cruel y hostil. En el caso de su relación con todos los miembros del grupo de los Contemporáneos y otros personajes de la vida pública de México, Nandino les admite a todos méritos literarios y artísticos; hace un recuento personal muy emotivo y crítico aunque haya sido menospreciado en los suyos, hasta la humillación del desinterés y de la crítica ligera (Nandino 2000: 59-64). Elías sabe de la amistad. Novo de la rivalidad y la indiferencia. Novo se abstiene de la apreciación y se deja

⁸ En “La eclíptica del sexo” dice Baudrillard que la seducción introduce el dominio del universo simbólico y ritual que pone en juego estrategias de apariencias.

arrastrar por el señalamiento vil. En la narrativa de Novo emerge la expresión de un individuo vanidoso, desapegado y hostil que se abandona al vértigo de los acontecimientos. Su prosa es así un flujo ágil y continuo en el que prevalece un *yo único*; contiene la voz de un narrador en cuyo relato vital los demás participan sólo en función, o de su desagrado vital, o del propio placer, repugnando a *unos* y utilizando a *otros* como simples objetos satisfactores. Los personajes de su biografía poseen un *tú accidental*, un *tú eventual* con los que le tocó cruzarse en el destino para encontrar e identificar las mismas inclinaciones; *unos*, instrumentos de uso para el poder, y *otros*, para el acoplamiento y la cópula; sólo los personajes de jerarquía superior merecen referencia y algo de reconocimiento (José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Pedro Henríquez Ureña). Aunque Nandino y Novo gustan de la enumeración acumulativa de sustantivos, verbos y, sobre todo, adjetivos para sintetizar realidades, o acciones, o acontecimientos, o esbozar perfiles predicativos de cosas y personas, es Novo el que recurre con más tino a este recurso esencialmente emotivo: “la almohada, su cuerpo, su rostro áspero, sus manos duras”, “gustaba entonces de transformarme, de trávestirmse”, “verme, sonreírme, insinuarme su amor”, “la imagen de mi madre [...] aparece neta, rotunda, vigorosa”, “la figura encorvada, derrotada, débil y triste de mi padre”,⁹ “aturdido, fascinado, desconcertado entre el goce infinito de aquel largo beso inolvidable”, “sollozaba, pálido, suplicante, miserable, transfigurado”, “huyó desconcertado, aturdido, inválido”, “exaltada nerviosidad, en aquella cenestesia depurada, superior y magnífica”.

Los títulos de las autobiografías manifiestan otra diferencia fundamental. Ambos escritores, al recuperar su pasado, recurren a los tópicos tradicionales de la existencia. Novo se ubica en la experiencia contingente de las posibilidades que le ofrece el viaje; pero el viaje siempre trunco por el trauma pretérito. Novo es la metafórica *estatua de sal*, el hombre perturbado por el pasado y que vuelve la vista atrás para mirar otra vez con la inquietud no resuelta la propia sodomía, así como en el Génesis la mujer de Lot,¹⁰ quien apenas iniciado el viaje salvador,

⁹ De las yuxtaposiciones adjetivantes de las figuras materna y paterna emerge de manera notable y clara la presencia de la patología en las relaciones de Novo con sus padres; el complejo de Edipo y la minimización, ausencia o desapego paternos son causa de la homosexualidad (Rubio–Aldana 1998: 595–631).

¹⁰ Véase el capítulo 19 del libro *Génesis*.

vuelve curiosa la mirada para quedar estupefacta e inmóvil, como estatua ante el terrible escarmiento y desolación de aquella sicalíptica y pervertida Sodoma; Lot al transgredir la prohibición —no mires atrás ni te pares—, como Novo, acepta la amenaza. Junto al pleno respeto de la prohibición ha de admitirse posible y seductora la desviación erótica; el erotismo de Novo se explica, entonces, en esa dinámica de la transgresión en que se alternan la atracción y el horror, la afirmación y la negación, pues como enseña Bataille, no habría erotismo si no existiera como contrapartida una seducción de lo prohibido: “los hombres están sometidos a la vez a dos impulsos: uno de terror, que produce un movimiento de rechazo, y otro de atracción, que gobierna un respeto hecho de fascinación. La prohibición rechaza la transgresión, y la fascinación la introduce” (Bataille 2005: 72). Y, “como monumento de un alma incrédula”, Novo se yergue *estatua de sal*, “pues, por haberse apartado del camino de la Sabiduría, no sólo sufrió la desgracia de no conocer el bien, sino que deja además a los vivientes un recuerdo de su insensatez, para que ni sus faltas pudieran quedar ocultas” (Libro de la Sabiduría 10: 7-8). Salvador Novo vuelve su mirada para reconocer, frustrado, la decrepitud de su carne que le niega ya el motivo del viaje, resuelto también ya en castigo y desolación: la maldición bíblica de la alegoría humana del suelo corrupto y árido; sentimiento convertido en vida de Novo en actitudes habituales de hastío y sarcasmo cínico y que hábilmente atrapa en los endecasílabos de los sonetos apéndicos. Su autobiografía queda así igualmente trunca, detenida, ahíta de atávicas parafilias. *La estatua de sal*, metáfora de sí mismo y de su propio destino, es signo de la decadencia corporal, ya no es más interés de vida, sino motivo de burla e ironía que en la narrativa lo acercarían a la caricatura literaria del esperpento; sincero y auténtico, disimulando indolencia que justifica con la falta de tiempo, mejor detuvo la escritura del viaje autobiográfico. Nandino, en cambio, acepta su decrepitud corporal y se reconforta en la memoria y en la poesía; ya viejo escribe: “Mi cuerpo es el sepulcro en el que escondo / los fósiles instintos / que como peces ciegos / torpemente se mueven en mi sangre. Soy lo que ya viví, lo que se ha ido / y persiste enraizado en mi memoria: / arena seca, testimonio exacto / de que por ella transitaba un río (2000b: 11)”. El tópico literario de Elías Nandino es del reconocimiento de la existencia como un camino que le permite el regreso a los orígenes para cerrar el círculo mítico del retorno al Edén; esa es la andadura espiritual de *Juntando*

mis pasos; Elías recorre el camino de su vida paso a paso para mostrar un hombre que se reconoce diferente pero íntegro, al desvanecer, como en el juego cósmico del día y de la noche, toda duda del ser humano que fue: primordial, auténtico y verdadero que habitó, más bien dicho, recorrió en la vida como él mismo dice, un “celeste infierno”, oxímoron que sintetiza el significado de su hipersexualidad y erotismo. La clave de la autobiografía no está en la metáfora sino en la paradoja (Villanueva: 15-31), esa figura lógica que une dos nociones irreconciliables y de donde surge un significado profundo; el misterio del placer rememorado satisface ante el horror de no tenerlo ya más: *Erotismo al rojo blanco.*

En cuanto a la estrategia discursiva habíamos dicho ya más arriba que Elías elige un estilo episódico; Novo, el del discurso continuo y fluido. La unidad narrativa de las dos obras se ajusta al orden natural del desarrollo del ser humano: infancia, adolescencia, juventud, madurez y vejez. Nandino recorre todo el proceso, escribe al final de su vida; Novo, que lo hace en la medianez de su existencia, trunca la escritura de su biografía en 1945 cuando tenía 41 años. En Nandino cada paso recogido de su vida conforma capítulos a modo de breves relatos titulados con el evento o el nombre de la persona a que va a referirse, alternando a los acontecimientos que narra reflexiones sobre otros temas relativos: su familia, amigos, formación, pasión literaria, la religión, su éxito profesional, etc.; pero sobre todo, aquello alusivo al descubrimiento, iniciación y ejercicio de su vida sexual y de su inclinación homosexual y el arte personal de la seducción, la amistad y el erotismo; combina también con los hechos narrados de su vida, con trazo breve, la descripción de lugares, tradiciones, personas, sentimientos y momentos clave así como su ideario estético; sobresalen las concisas descripciones idiosincrásicas y físicas de todos los del grupo de los Contemporáneos y otros artistas, así como la apreciación que hace de la obra literaria e intelectual de cada uno; en el caso de sus amantes exalta siempre la belleza de su apariencia y dotes físicos. Novo, ególatra y vanidoso, en sus descripciones más amplias, tanto de acontecimientos, lugares y personas tiende a destacar siempre el rasgo negativo. Nandino es capaz de mostrar la dimensión humana de la bondad y la generosidad; Novo, su egoísta y jactanciosa autosuficiencia.

La autobiografía es pues para Salvador Novo y Elías Nandino un recurso literario que, dejando expresar el hombre que son, alivia su

existencia: al reconocerse viviéndola, dimensión temporal, admitirla en libertad; y al aceptarla, reconciliar el conflicto permanente de la existencia personal en torno a la identidad sexual para sencillamente ser. La autobiografía literaria, lugar privilegiado para el testimonio de su vida individual, se constituye, precisamente, en un lugar en el que la persona y sus circunstancias se erigen definitivamente en realidad. No es ya simple memoria, es testimonio real de una vida para la posteridad (Molloy: 185-211). La realidad vital a la que apela la autobiografía de estos escritores no es sólo la de un acontecer pasado, rememorado, contextualizado y descrito, es la circunstancia contundente de la existencia personal emancipada ya de la contingencia temporal. Su vida escrita es así testimonio apodíctico y expresión del resquebrajamiento de fronteras y limitaciones culturales de un país dogmático y decimonónico; por tanto, en la voluntad poética de su escritura subliman las contingencias y avatares de la existencia individual. Novo y Nandino conciben la autobiografía como la forma exacta para reconocer al modo de Terencio (*Homo sum; nihil humani a me alienum puto*): somos hombres, nada de lo que es humano nos es ajeno; pero sin dejar de contemplar aquella dimensión esencial de su heterodóxicas personas: la homosexualidad. Callarla o dejarla fuera hubiera significado nulificar el sentido de toda una vida. Al referirla, sus obras se transforman en voz que pide a los hombres (a sus lectores) cumplir aquella máxima de Unamuno que actualiza la de Terencio (*nullum hominem a me alienum puto*): “soy hombre, a ningún otro hombre estimo extraño”; y entonces, con la lectura, sin prejuicio alguno, admitir en sus autobiografías al “hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere; el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano” (Unamuno: 3). Las autobiografías de Novo y Nandino, sin la sublimación poética de la metáfora o la alegoría, sin apertura y tolerancia, antes que comprensión, nos ubicarían en el límite de lo indecible y aberrante. Superando tal obstáculo, enriquecen verdaderamente el aprecio de lo humano en el encuentro íntegro de ver y escuchar, a través de sus textos, a dos hombres, sin prejuicios, distinciones o señalamientos, con todo y su sicalipsis.

BIBLIOGRAFÍA

- ALATORRE, ANTONIO. “¿Qué es la crítica literaria?”, en *Metodología de la crítica literaria. Selección de Lecturas*. Liliana Weinberg de Magis (coord.). México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, División Sistema Universidad Abierta, 2004.
- ALBERONI, FRANCESCO. *El erotismo*. Trad. Beatriz E. Anastasi de Lonné. Barcelona: Gedisa Editorial, 2004.
- BALTHASAR, HANS URS VON. *El cristiano y la angustia*. Trad. José María Valverde. Andrés Simón (ed.). Madrid: Caparrós, 1998 (Colección Espíritu, 33).
- BATAILLE, GEORGES. *El erotismo*. Trad. Antoni Vicens y Marie Paulin. México: Tusquets, 2005 (Colección Ensayo, 34).
- *Las lágrimas de eros*. Introducción de J. M. Lo Duca. Barcelona: Tusquets, 2000 (Colección Ensayo).
- BAUDRILLARD, JEAN. *De la seducción*. Trad. de Elena Benarroch. Madrid: Cátedra, 2001 (Colección Teorema).
- Biblia de Jerusalén* (edición revisada y aumentada). Bilbao: Desclée de Brouwer, 1978.
- BORGES, JORGE LUIS. *Siete Noches*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982 (Colección Tierra Firme).
- CABO ASEGUINOLZA, FERNANDO. “Autor y autobiografía”, en *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral, Madrid, UNED, 1-3 de julio, 1992*. Madrid: Visor Libros, 1993 (Colección Biblioteca Filológica Hispana, 14).
- CARBALLO, EMMANUEL. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Secretaría de Educación Pública / Ediciones del Ermitaño, 1986 (Colección Lecturas Mexicanas, 48).
- DIJK, TEUNA VAN. *Estructura y funciones del discurso. Una introducción interdisciplinaria a la lingüística del texto y a los estudios del discurso*. México: Siglo XXI, 2005.
- EAGLETON, TERRY. *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004 (Lengua y Estudios Literarios).
- FOUCAULT, MICHEL. *Historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*. Trad. Ulises Griñazú. México: Siglo XXI, 2005.
- LOUREIRO, ÁNGEL G. “Direcciones en la teoría de la autobiografía”, en *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral, Madrid, UNED, 1-3 de julio, 1992*, Madrid, Visor Libros, 1993 (Colección Biblioteca Filológica Hispana, 14).
- MAY, GEORGES CLAUDE. *La autobiografía*. Trad. de Danubio Torres Fierro. México: Fondo de Cultura Económica, 1982 (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 327).

- MERLEAU-PONTY, MAURICE. *La prosa del mundo*. Trad. Francisco Pérez Gutiérrez. Madrid: Taurus, 1971 (Ensayistas de Hoy).
- MOLLOY, SYLVIA. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 1996 (Colección Tierra Firme. Serie de Estudios de Lingüística y Literatura, XXXV).
- NANDINO, ELÍAS. *Juntando mis pasos*. México: Editorial Aldus, 2000a.
- *Cerca de lo lejos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000b (Colección Letras Mexicanas).
- *Antología poética. 1924-1982*. México: Domes, 1983a.
- *Erotismo al rojo blanco*. México: Editorial Domés, 1983b.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. “La vida religiosa”, en *Humano, demasiado humano*. Trad. Jaime González. 4a. edición. México: Editores Mexicanos Unidos, 1983.
- NOVO, SALVADOR. *La estatua de sal*. Prólogo de Carlos Monsiváis. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998 (Colección Memorias Mexicanas).
- *Nuevo amor y otras poesías*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995 (Tezontle).
- *Poesía*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004 (Colección Letras Mexicanas).
- *Las aves en la poesía castellana*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005 (Colección Conmemorativa, 31).
- PASCAL, BLAS. *Pensamientos y otros escritos*. México: Porrúa, 1989 (Colección Sepan Cuántos, 577).
- PÉREZ FERNÁNDEZ, CELIA JOSEFINA (coord.). *Antología de la sexualidad humana*. México: Miguel Ángel Porrúa, 1998.
- REYES, ALFONSO. *El deslinde. Apuntes para la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983 (Lengua y Estudios Literarios).
- *La experiencia literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983 (Colección Popular, 236).
- ROUSSEAU, JEAN JACQUES. *Confesiones*. Trad. Santiago Cunchillos. México: Editorial Porrúa, 1985. (Colección Sepan Cuántos, 470).
- RUBIO AURIOLAS, EUSEBIO y ALMA ALDANA. “La expresión homosexual del erotismo”, en *Antología de la sexualidad humana*, vol. I. Celia Josefina Fernández (coord.). México: Miguel Ángel Porrúa, 1998.
- TODOROV, TZVETAN. *Teoría de la literatura. Textos formalistas*. Trad. Ana María Nethol, Buenos Aires: Signos, 1988.
- UNAMUNO, MIGUEL DE. *Del sentimiento trágico de la vida. La agonía del cristianismo*. México: Porrúa, 1983 (Sepan Cuántos, 402).
- VILLANUEVA, DARÍO. “Dualidad y ficción: la paradoja de la autobiografía”, en *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto*

- de *Semiotica Literaria y Teatral*, Madrid, UNED, 1-3 de julio, 1992. Madrid: Visor Libros, 1993 (Colección Biblioteca Filológica Hispana, 14).
- VIÑAS PIQUER, DAVID. *Historia de la crítica literaria*. Barcelona: Ariel, 2002 (Literatura y Crítica).
- WELLEK, RENÉ Y AUSTIN WARREN. *Teoría literaria*. Trad. José María Gimeno. Madrid: Gredos, 1979.